



wikia



Sardica

Constantinople

Brindisium

Pergamo

Esmirna

Atenas

Antioquia

Egipto

Berito

Alejandria

El evangelio de Barrabás

Francisco Galván

EL EVANGELIO
DE BARRABÁS

algaida
eco

© Francisco Galván, 2007
© Algaida Editores, 2007, 2010
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-358-3
Depósito legal: Na-414-2010
Impresión: Rodesa, S. A.
(Rotativas de Estella, S. A.)
31200 Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A mis hijas

EL FENICIO DEJÓ CAER LA CABEZA HACIA ATRÁS PARA darles a entender que deseaba la muerte. Después de tres días de crueles torturas y horribles mutilaciones, Patricio Fayad Vallejo, conocido como el Fenicio, quería acabar cuanto antes y ofreció su cuello desnudo, tal como los torturadores le habían dicho que hiciera si quería poner fin al suplicio. Ellos pretendían que Patricio les pidiera morir, que tuviera el valor de dar ese paso definitivo. Pero Patricio, ex militar, ex policía y hombre temido durante años allá en su tierra de adopción, el departamento colombiano de Risaralda, tardó tres largos días en comprender cuál era la única liberación posible que podía esperar.

Lo capturaron una mañana soleada en la avenida Fouad Chehab, cerca del centro de Beirut, cuando se dirigía al trabajo. El Fenicio regresó a El Líbano tras huir de Colombia cuando supo que lo investigaban por ciertos negocios de los que le resultaría muy difícil dar una explicación convincente. Abandonó el país en un barco mercante y se instaló en Beirut, donde residían muchos miembros de su numerosa familia.

No solo le llamaban el Fenicio por su origen libanés, sino por su codicia en los negocios, la mayoría ilegales, en los que participó a lo largo de su vida. Co-

menzó en el ejército, del que fue un brillante oficial hasta que se descubrió que desviaba para su lucro personal parte de los suministros destinados a los destacamentos del norte que luchaban contra la guerrilla, junto a la frontera venezolana. La buena posición de su familia lo libró de la cárcel pero fue expulsado del ejército.

Durante unos años, Patricio se avino a la disciplina familiar y trabajó en los negocios de su padre, un rico comerciante libanés de origen maronita que salió del país con su familia en los momentos más duros de la guerra civil. Pero al Fenicio no le gustaba someterse a las condiciones que imponen los negocios honrados y volvió a independizarse de la familia. Logró enrolarse en la policía gracias a la desaparición de su expediente militar. A Patricio le gustaban los uniformes. No por narcisismo, sino porque le servían para amparar el tipo de negocios que a él le gustaba emprender. Dotado como nadie para ganar voluntades, ya fuera por el chantaje o la persuasión, no tardó en ser nombrado jefe de la policía de Guática, una rica ciudad agrícola de la sierra norte del departamento de Risaralda.

Cinco años después de huir de Colombia, cuando suponía que ya se habrían olvidado de él, cuando se había convertido en un respetado comerciante libanés dedicado a la importación y exportación, el pasado regresó para reclamarle cuentas pendientes.

Los hombres que lo secuestraron en plena calle, cuatro tipos de aspecto árabe, lo llevaron con la cabeza tapada hasta un viejo almacén abandonado. Lo desnudaron y lo ataron a una silla, frente a una sucia mesa. Preguntó una y otra vez por qué lo hacían,

qué querían de él. Pero no le respondieron. Les ofreció dinero, trató de sobornarlos, como solía hacer en Colombia. Gritó y suplicó hasta hartarse, hasta comprobar que era inútil razonar con ellos. Solo obtenía sonrisas irónicas y muecas de desprecio.

El primer día le cortaron los dedos meñique de cada mano con unas enormes tenazas de podar y los pusieron encima de la mesa, ante sus ojos. El dolor era insoportable pero el terror del Fenicio, aún mayor.

—Cuando quieras acabar con esto —le dijo en árabe uno de ellos—, solo tienes que echar la cabeza hacia atrás y ofrecernos la garganta. Será la señal para que te degollemos y termine todo.

El segundo día, todos sus dedos y las orejas estaban sobre la mesa. Los secuestradores no volvieron a dirigirla la palabra, aunque hablaban entre ellos. De ese modo supo que eran libaneses como él, salvo uno, de aspecto oriental, al que llamaban el *Chino*, que parecía ser el jefe. No hablaba nunca cerca de él, aunque era el que impedía que se desangrara después de las mutilaciones. Le aplicaba paños y cicatrizantes. Patricio trató de comunicarse con él. Le habló en árabe, en inglés y en español, pero nunca respondía a sus súplicas, a sus sollozos, a sus promesas.

Antes del anochecer, el Chino, con una sonrisa en los labios, le agarró por el cabello y con un machete en las manos, le habló por primera vez.

—Abre la boca —dijo en español, con acento peruano.

El Fenicio, aterrorizado, obedeció. El Chino entonces le puso el machete entre los dientes y de un solo tajo le cortó ambas mejillas casi hasta las ya mutiladas orejas.

—Así no perderás nunca la sonrisa —le dijo mientras le empujaba la cabeza hacia abajo para evitar que se ahogara en su propia sangre.

Desde ese momento, Patricio Fayad apenas pudo hablar. Menos aún cuando los otros secuestradores, provistos de alicates, se dedicaron con metódica saña a arrancarle los dientes uno por uno.

El Fenicio al principio se revolvía en sus ligaduras, hacía tambalearse la silla a la que estaba amarrado. Pero bien entrada la noche, cuando los secuestradores terminaron con la dentadura inferior y comenzaron con la superior, ya no tenía fuerzas para debatirse y al poco perdió el conocimiento. El Chino, entonces, ordenó que lo dejaran tranquilo.

—No tiene sentido torturarlo si no se entera.